

Jorge García Burgos (coord.)

La cooperación española con África subsahariana



CON LA EDICIÓN DE TÍTULOS COMO ESTE, CASA ÁFRICA, EN COLABORACIÓN CON LOS LIBROS DE LA CATARATA, SE MARCA COMO OBJETIVO CONTRIBUIR A UN MEJOR CONOCIMIENTO DE LA ACTUALIDAD DE LOS PAÍSES AFRICANOS ASÍ COMO DE SU HISTORIA RECIENTE Y LOS EFECTOS EN LAS SOCIEDADES CIVILES A TRAVÉS DE LOS ENSAYOS Y TEXTOS DE AUTORES AFRICANOS Y AFRICANISTAS. POR TANTO, ESTA COLECCIÓN ABORDA TEMÁTICAS RELACIONADAS CON EL DESARROLLO Y EL POTENCIAL DEL CONTINENTE DESDE UN PUNTO DE VISTA ALEJADO DE LOS ESTEREOTIPOS CON LOS QUE TRADICIONALMENTE SE HAN ABORDADO LAS REALIDADES AFRICANAS.



CASA ÁFRICA

DISEÑO DE CUBIERTA: MARTA RODRÍGUEZ PANIZO

© GERMÁN SANTANA PÉREZ, REIMUNDO ROBREDO RUBIO, AINA CALVO SASTRE, DAVID ÁLVAREZ RIVAS, ALFREDO LANGA HERRERO, SERGIO COLINA MARTÍN, ALBERT ROCA ÁLVAREZ, JORGE GARCÍA BURGOS, LUIS GUILLERMO PADILLA MACABEO Y ALBERT FARRÉ VENTURA, 2019

© CASA ÁFRICA, 2019

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2019
FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 20 77
WWW.CATARATA.ORG

LA COOPERACIÓN ESPAÑOLA CON ÁFRICA SUBSAHARIANA

ISBN: 978-84-9097-868-9
DEPÓSITO LEGAL: M-33.976-2019
IBIC: KCM/1HF/1DSE

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE. QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

ÍNDICE

PRÓLOGO, por José Segura Clavell 5

INTRODUCCIÓN 7

Jorge García Burgos y José Ángel Sotillo Lorenzo

CAPÍTULO 1. ESPAÑA Y ÁFRICA SUBSAHARIANA,
¿DOS GRANDES DESCONOCIDOS? 13

Germán Santana Pérez

CAPÍTULO 2. LA POLÍTICA EXTERIOR DE ESPAÑA HACIA
ÁFRICA SUBSAHARIANA: EL III PLAN ÁFRICA
Y SUS PRECURSORES 34

Raimundo Robredo Rubio

CAPÍTULO 3. LA COOPERACIÓN PARA EL DESARROLLO ESPAÑOLA
CON ÁFRICA SUBSAHARIANA: UNA VISIÓN DESDE LA AECID 52

Aina Calvo Sastre

CAPÍTULO 4. LA SOCIEDAD CIVIL ESPAÑOLA
EN ÁFRICA SUBSAHARIANA 66

David Álvarez Rivas

CAPÍTULO 5. LA ACCIÓN HUMANITARIA ESPAÑOLA
EN ÁFRICA SUBSAHARIANA: ALGUNAS NOTAS 78

Alfredo Langa Herrero

**CAPÍTULO 6. LA CULTURA COMO MOTOR DE DESARROLLO
HUMANO SOSTENIBLE EN ÁFRICA SUBSAHARIANA:
UNA VISIÓN DESDE ESPAÑA 93**
Sergio Colina Martín

**CAPÍTULO 7. LA COOPERACIÓN UNIVERSITARIA
AL DESARROLLO: UNA NECESIDAD PARA EL DESARROLLO
EN ÁFRICA Y ESPAÑA 108**
Albert Roca

**CAPÍTULO 8. SUBSAHARIANOS EN ESPAÑA:
COOPERACIÓN MIGRATORIA, EXTERNALIZACIÓN
DE FRONTERAS Y CODESARROLLO 127**
Jorge García Burgos

**CAPÍTULO 9. EL PAPEL DE CASA ÁFRICA EN LA CONFIGURACIÓN
DE LAS RELACIONES HISPANO-AFRICANAS 143**
Luis Guillermo Padilla Macabeo

**CAPÍTULO 10. ESTUDIOS AFRICANOS EN ESPAÑA:
ALGUNAS REALIDADES DISPERSAS 159**
Albert Farré Ventura

SOBRE LOS AUTORES 171

PRÓLOGO

La relación de España con el continente africano no es algo que naciera en un ayer cercano, espantado entre ébolas y cayucos. Ni siquiera surgió del Plan África que nos puso a nosotros, Casa África, en el mapa de las relaciones hispano-africanas allá por el año 2006. No data tampoco de la colonización en la que participamos vía Guinea Ecuatorial, país en el que se sigue hablando nuestro idioma como lengua oficial.

Si dejamos a un lado la obvia africanidad de nuestro país, que tiene a Canarias, Ceuta y Melilla en suelo africano, y olvidamos que una vez formamos parte de un imperio que se extendió hasta las áridas tierras del Sahel, todavía queda un armazón de relaciones, idas y vueltas y convivencias que nos unen a africanos y españoles desde hace siglos. No en vano, si nos retrotraemos hasta el principio de los tiempos, los primeros seres humanos partieron del continente africano, migraron a las cuatro esquinas del mundo y se multiplicaron por todo el planeta, insertando la africanidad también en nuestro ADN.

Este libro que ahora inicia quiere hacer justicia a las relaciones hispano-africanas, documentarlas, darles proyección en el futuro y aportar algo de peso a su historiografía. Tiene la visión institucional, la de la cooperación tanto oficial como de las oenegés, la de la academia y los grupos de estudio africanos y la que en estos momentos se teje en el seno de la sociedad civil, entre los

africanos que viven entre nosotros y el resto de nuestros ciudadanos.

Bien lo dicen Jorge García Burgos y José Ángel Sotillo Lorenzo, al concluir su introducción: queremos que este trabajo sirva para contribuir a que España y África estén cada vez más cerca. Ese es el eslogan de esta Casa y creemos que se logra en este libro, que recoge una amplia variedad de puntos de vista complementarios, incluido el de un antiguo secretario general de nuestra institución, Luis Padilla Macabeo, que explica precisamente los orígenes y el trabajo que Casa África ha desarrollado, y esboza algunas acciones a tener en cuenta para el futuro.

Aunque se acuse, con frecuencia, a la sociedad española de vivir de espaldas al continente africano, nos alegra leer y corroborar que nos sentimos cada vez más concernidos a África. Proliferan, cada vez más, instituciones que se hacen eco de la actualidad en el continente; en la red se suman páginas web para abordar temáticas africanas desde distintos ámbitos: el mundo del arte, de la cultura, de la información y de la cooperación. Todo suma, y los mensajes que nutren este libro suponen un fortalecimiento en el puente que conecta a España con los países africanos y sus sociedades. Estos textos nos sirven para reflexionar sobre nuestra historia común y los vínculos que continuarán estrechándose a lo largo de los siglos, con los cimientos ahora al descubierto gracias a este proyecto. Deseamos que esta exposición y las palabras de las expertas y los expertos que firman este libro sirvan para recordarnos todo lo que nos ha unido y nos unirá en el futuro.

JOSÉ SEGURA CLAVELL
Director general de Casa África

INTRODUCCIÓN

JORGE GARCÍA BURGOS Y JOSÉ ÁNGEL SOTILLO LORENZO

Desde el Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación de la Universidad Complutense de Madrid (IUDC) nos complace presentar esta obra dedicada a analizar la cooperación española con África subsahariana; una cooperación que no es solamente una opción, sino una auténtica necesidad en el conjunto de las relaciones exteriores de España.

Somos conscientes del déficit de publicaciones dedicadas a una región tan cercana y, a la vez, tan desconocida y que habitualmente solo vemos en los medios cuando sucede algún tipo de desgracia o situación de violencia. En cambio, no son noticia aquellos hechos o factores de cambio que está viviendo África subsahariana, tanto en muchos de sus países como a escala regional.

Mientras el mundo se tambalea por las guerras comerciales entre gigantes, apenas se conoció que el 30 de mayo de 2019 entró en vigor el Tratado de Libre Comercio Africano (AfCFTA, según sus siglas en inglés) o que la Unión Africana, en la llamada Agenda 2063, programa una serie de acciones para que el continente sea reconocido a escala internacional, autosuficiente y sostenible. Evidentemente, ese camino hacia la cooperación y la integración sigue conviviendo con situaciones de conflictividad e inseguridad que afectan a todo el continente y que alcanzan a las zonas vecinas, como vemos en el caso de las migraciones y los desplazamientos forzosos.

Esa realidad afecta profundamente a las relaciones exteriores de España y muy especialmente a su política de cooperación para el

desarrollo. Prueba de ella es la adopción del III Plan África (aprobado por el Consejo de Ministros el 1 de marzo de 2019); a su vez, en el V Plan Director de la Cooperación España 2018/2021 se contemplan las modalidades e instrumentos de cooperación tanto bilateral como en el espacio regional. Además, muchas ONGD llevan a cabo su trabajo en territorio subsahariano y las propias universidades han abierto caminos para la cooperación con entidades académicas de la región.

En el III Plan África se diagnostican algunas de las bases de una relación mutua mirando al futuro: “En los próximos 30 años, África pasará de 1.200 millones de personas a más de 2.400 millones, mientras Europa caerá por debajo de los 600 millones de habitantes. Este crecimiento supone un evidente desafío: si no existen condiciones de vida dignas para esa población, se girará hacia el radicalismo, el conflicto político y la migración irregular. Pero, por otro lado, si se crean esas condiciones de vida dignas, África puede convertirse en un espacio de crecimiento económico acelerado (ya lo es en relación con Europa), lo que redundaría en un crecimiento más sólido también en Europa”. Hay, pues, no solo un ejercicio de solidaridad hacia pueblos y países que la necesitan, sino también una serie de intereses mutuos que requieren nuevos instrumentos y modalidades de relación.

Desde el IUDC, sumándonos a la necesidad de conocer más y mejor esas formas de cooperar con la región subsahariana, planteamos esta obra colectiva que examina dimensiones fundamentales de esa cooperación. La obra se suma así a otras publicadas dentro de la serie Desarrollo y Cooperación en la editorial Los Libros de la Catarata.

Para tratar desde una visión de conjunto la cooperación española con África subsahariana, se examinan distintas cuestiones que van desde lo más general hasta lo particular.

En el primer capítulo, “España y África subsahariana, ¿dos grandes desconocidos?”, Germán Santana repasa desde un enfoque histórico las relaciones entre España y África subsahariana. Una relación cuyo comienzo suele ubicarse erróneamente en el periodo colonial, olvidando que han existido vínculos tanto comerciales como políticos, desde hace, al menos, seis siglos. El propio título es una declaración de intenciones: a pesar de que la

relación se haya incrementado durante la Edad Moderna y Contemporánea, se debe tomar con cautela la idea de África como una gran desconocida.

En el capítulo 2, “La política exterior de España hacia África subsahariana: el III Plan África y sus precursores”, Raimundo Robredo se centra en un periodo más reciente: el que va desde los últimos años del pasado siglo hasta la actualidad. En este tiempo se ha ido construyendo la actual política española hacia África subsahariana, que cobra una especial dimensión a partir del año 2006, con la aprobación del primer Plan África. El capítulo sirve además para presentar en detalle el recientemente aprobado III Plan África, que guiará la acción exterior de España hacia el continente africano durante los próximos años.

Los siguientes seis capítulos están dedicados a presentar distintos aspectos de la cooperación española con África subsahariana. En el capítulo 3, “La cooperación para el desarrollo española con África subsahariana: una visión desde la AECID”, Aina Calvo ofrece una visión institucional basada en la experiencia de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). La cooperación española con África se remonta a finales de los años setenta, consolidándose a lo largo de estos 40 años como un continente prioritario para la ayuda al desarrollo. En el capítulo se exponen las principales líneas de actuación de la cooperación española con África y los retos de futuro de cara a cumplir con la Agenda 2030 y alcanzar los Objetivos de Desarrollo Sostenible.

En el capítulo 4, David Álvarez analiza el papel de “La sociedad civil española en África subsahariana”. Un trabajo que empieza con los misioneros españoles en África subsahariana hace más de medio siglo, y que se afianza con el trabajo de las Organizaciones No Gubernamentales de Desarrollo (ONGD), vinculado la canalización de la Ayuda Oficial al Desarrollo, a partir de los años ochenta.

Alfredo Langa analiza en el quinto capítulo, “La acción humanitaria española en África subsahariana: algunas notas”, uno de los componentes más relevantes de la cooperación internacional en el continente. Se comienza presentando el contexto jurídico, normativo y estratégico de la acción humanitaria española para África

subsahariana, así como su marco operativo. Después se pasa a describir la distribución sectorial y la evolución territorial de la ayuda humanitaria, para finalizar con la presentación de algunas conclusiones y desafíos de cara al cumplimiento de los compromisos adquiridos en la Cumbre Humanitaria Mundial de 2016.

El capítulo 6, titulado “La cultura como motor de desarrollo humano sostenible en África subsahariana: una visión desde España”, aborda la acción cultural española en África subsahariana. Sergio Colina, analiza la importancia que tiene la cultura en los procesos de desarrollo y la reducción de las desigualdades Norte-Sur, para pasar a revisar algunas de las iniciativas más interesantes puestas en marcha desde España, tanto por parte del Gobierno central como desde los municipios, el sector privado o la sociedad civil. A la vista de lo expuesto, puede concluirse que España cuenta con una importante y valiosa experiencia en la promoción de la cultura como motor de desarrollo sostenible en África subsahariana.

En el capítulo 7, “La cooperación universitaria al desarrollo: una necesidad para el desarrollo en África y España”, Albert Roca reflexiona sobre el papel que ha jugado esta modalidad de cooperación en España, y particularmente en la relación con África subsahariana. Lejos de hacer un alegato en favor de la cooperación universitaria para el desarrollo, el autor da cuenta del escaso peso que ha tenido en dentro de la cooperación española, ocupando siempre un papel secundario hasta llegar prácticamente a desaparecer durante los años de la crisis. Igualmente, se exponen los motivos que tienen África y España para avanzar hacia esta forma de cooperación.

El capítulo 8 lleva por título “Subsaharianos en España: cooperación migratoria, externalización de fronteras y codesarrollo”. Jorge García Burgos analiza cómo, a pesar de que los subsaharianos no suponen un porcentaje muy elevado de la inmigración en España, determinados acontecimientos como los saltos a las vallas de Ceuta y Melilla o la “crisis de los cayucos” de 2006, han jugado un papel fundamental en el establecimiento de relaciones políticas y de cooperación con el continente. Estas se han dirigido principalmente a la reducción de las llegadas, ya sea a través del refuerzo de los controles fronterizos o externalizando las fronteras hacia

terceros países, poniendo la AOD al servicio de las políticas de control y ordenación de los flujos migratorios.

Los dos últimos capítulos analizan el rol que han jugado ciertos actores en la cooperación española con África subsahariana. En el capítulo 9, Luis Guillermo Padilla explica cuál ha sido “El papel de Casa África en la configuración de las relaciones hispano-africanas”. En sus más de diez años de trabajo, Casa África ha contribuido a un mayor conocimiento de la realidad de muchos países africanos, de su cultura, de su potencial económico, de su talento, de sus retos y de sus desafíos. En este tiempo ha desarrollado una intensa agenda de actividades con el objetivo de consolidarse como un espacio de intercambio entre sociedades, ciudadanía e instituciones públicas y privadas de España y África.

Por último, en el capítulo 10 Albert Farré presenta “Estudios africanos en España: algunas realidades dispersas”. A lo largo de este trabajo se enumeran algunas de las principales iniciativas que se han realizado, en el ámbito de la investigación, de la formación o de las publicaciones. Se trata de iniciativas puestas en marcha tanto dentro como fuera o en los márgenes del sistema académico convencional, pretendiendo servir como una guía para aquellas personas interesadas por los estudios africanos, que en el caso español constituyen, sin duda, un acervo de gran interés.

Esos textos reflejan una pluralidad de enfoques y de visiones desde varias entidades (academia, institucionales, organizaciones no gubernamentales y expertos/as), con el fin de comprender mejor esa realidad compleja y diversa.

Por último, queremos agradecer la colaboración de Casa África y esperamos que esta obra contribuya a la frase que la define: “España y África, cada vez más cerca”.

CAPÍTULO 1
**ESPAÑA Y ÁFRICA SUBSAHARIANA,
¿DOS GRANDES DESCONOCIDOS?**

GERMÁN SANTANA PÉREZ

INTRODUCCIÓN

Si vemos noticiarios o incluso si leemos muchas fuentes de información escrita, parece que las relaciones entre España y África subsahariana parten prácticamente del siglo XIX y de la ocupación de Guinea Ecuatorial. Bajo la creencia de que los españoles llegaron tarde y mal al reparto colonial del continente, los vínculos con el mismo se restringen a su relación con las antiguas colonias españolas. Sobre la manida frase de “África, esa gran desconocida”, cerramos las puertas a conocer una realidad de lazos que en el pasado fue rica y destacada. En este capítulo pretendemos abordar precisamente la historia de las relaciones entre España y África subsahariana desde finales del siglo XV hasta la actualidad. Debido al gran volumen de nexos y la cortedad de páginas de este capítulo, esta descripción pretende dar solo una idea general de lo que fueron y de las principales líneas y etapas que se sucedieron entre uno y otro espacio. Es imprescindible conocer los antecedentes de estas correspondencias si queremos centrarnos, más adelante, en qué consisten en la actualidad.

Aunque las conexiones entre la península ibérica y África subsahariana eran anteriores al siglo XV, fue durante el reinado de los Reyes Católicos cuando se iniciaron unos lazos regulares que se prolongarían hasta la actualidad. Estos vínculos atravesaron

distintas etapas durante la Edad Moderna y la Contemporánea, pero englobarían prácticamente a todas las geografías africanas. Después de la expansión ibérica por el norte de África, los ojos se pusieron pronto en África subsahariana, en la que principalmente Portugal, pero también Castilla, compitieron, hasta el Tratado de Alcaçovas-Toledo, por reforzar su posición política y comercial.

El propio Juan II había reclamado con anterioridad las tierras que llaman de Guinea como “de nuestra conquista” y algunos mercaderes y marinos castellanos se habían adentrado ya al sur del río Senegal (Pérez Embid, 1948: 59; Rumeu de Armas, 1996: 92 y 127). Todavía durante el reinado de Enrique IV, algunos castellanos estuvieron presentes en el primer poblamiento de Cabo Verde; los mercaderes sevillanos Juan y Pedro de Lugo incluso monopolizaron la orchilla (Carreira, 1982: 10 y 17). Los frailes catalanes fray Rogerio y fray Jaime, fueron a prestar asistencia religiosa en la capitania de António da Noli en 1466 (Albuquerque y Madeira Santos, 1991: 120), constituyendo una de las primeras referencias de religiosos en ese archipiélago.

TIEMPOS DE EXPLORACIÓN Y MERCADO

Desde el inicio del reinado de los Reyes Católicos las expediciones a Guinea y Elmina se hicieron más frecuentes, en guerra abierta con los portugueses. África se convirtió en aquellos momentos en El Dorado: decenas de embarcaciones y mercaderes acudían para hacer fortuna. El final de la guerra con Portugal y la firma de Alcaçovas-Toledo dejaron sin efecto los esfuerzos depositados, y en las décadas siguientes se perseguiría a los infractores del monopolio lusitano. A pesar de ello, los portugueses se dieron prisa en fundar en 1482 San Jorge de Elmina y en fortificarla para hacer frente a la amenaza que procedía del mar (Ballong-Wen-Mewuda, 1993), es decir, la castellana. No obstante, en esta época se incrementó notablemente el número de esclavos subsaharianos llegados a tierras españolas.

El descubrimiento de América alteraría y cambiaría los intereses españoles ultramarinos. El Dorado se trasladó de lugar. Esta

renuncia a África vendría ratificada por la firma del Tratado de Tordesillas, que continuaba dejando todo el ámbito africano en zona de influencia portuguesa. La excepción eran las islas de Cabo Verde con las que sí se permitía el tráfico directo (el mismo Colón pasó por ellas en su tercer viaje hacia América, y posteriores expediciones españolas repitieron esta ruta). Con todo, podemos afirmar que hasta 1640 la Corona con mayor presencia en África subsahariana, después de Portugal, fue la española. El monopolio no significó la total exclusión puesto que más allá de las expediciones de contrabando que acudieron a tierras africanas, los mercaderes y tripulantes españoles podían acceder con la licencia del rey portugués, y algunas mercancías como las conchas canarias fueron primero estancadas y luego convertidas en monopolio en 1497 por su comercio con África.

De forma indirecta los pobladores de Castilla también tuvieron que ver con el primer poblamiento de la isla de Santo Tomé. A partir de 1493, hijos de judíos expulsados de Castilla en 1492 fueron obligados a poblar esta isla, si bien el intento resultó ser un fracaso puesto que la mayoría sucumbieron a las enfermedades. Precisamente la carta regia que se le concedió a Álvaro de Caminha el 21 de noviembre de 1493 les eximía, a él y a los moradores de Santo Tomé, de pagar la décima de todas las cosas que se comprasen o vendiesen en las islas de Cabo Verde, Madeira, Porto Santo, Azores y también de Canarias (Albuquerque, 1989: 63). Lo cierto es que un piloto anónimo del siglo XVI afirmaba que en Santo Tomé habitaban muchos comerciantes castellanos, y que allí querían vivir y se aceptaban a todos “de muy buena voluntad” (*Viagens...*, 2000: 89). En este sentido, el profesor Gerhard Seibert menciona que los mercaderes españoles se encontraban entre los componentes europeos, y por tanto privilegiados, de esta isla (2006: 25).

Otro ámbito de la relación hispana fue Etiopía. Ya hacia 1306, el emperador Wedem Ar'ad envió una embajada al “Rey de las Españas” para ofrecerle su ayuda contra los musulmanes (Pankhurst, 207: 26-28). Estas embajadas se repetirían en los siglos siguientes, solicitando artesanos, armas, asesoramiento militar y misioneros. El negus Zara Yaqob (1434-1436) fue más allá y propuso sellar la alianza con el reino de Aragón con un matrimonio

real, la que pensamos que fue la primera propuesta nupcial entre un rey africano y otro europeo (Northrup, 2002: 4). No sería la última que se propusiera a los reyes hispanos.

También los andalusíes y los judíos expulsados de la península tuvieron protagonismo en el Sahel. Sidi Yahya al-Andalusí, al parecer originario de Tudela, llegaría a ser imán de la mezquita de Tombuctú. Cuando murió en 1468, recibió su nombre una de las principales mezquitas de la ciudad (Llaguno, 2006: 246-250). Ali b. Ziyad al-Quti y su familia, originarios de Toledo, también se exiliaron en Tombuctú en 1468. Llegaron con una gran biblioteca a Oualata y de allí pasaron a Gumbu, ciudad perteneciente al antiguo reino de Wagadú. Se dedicaron a la agricultura, al comercio y abrieron hospederías. Sus descendientes dispusieron de influencia en la corte del Imperio songhay. Otra expedición formada esencialmente por granadinos y capitaneada por Yuder Pachá partió desde Marrakech bajo el reinado del sultán Al-Mansur para la conquista del Imperio songhay, siendo una de las grandes epopeyas bélicas del continente africano (Bovill, 1999: 168). Aunque Yuder regresaría a Marruecos en 1599, tras la conquista, el Imperio de los arma se prolongó hasta 1737, año en el que fueron derrotados por los Tuareg, aunque el grupo mantuvo su señorío sobre la ciudad hasta la llegada de los franceses a finales del siglo XIX. Aún se utilizan palabras españolas en la curva del Río Níger (Villar Raso, 1987: 15). Al-Hasan b. Muhammad al-Wazzan al-fasi al-Garnati, Juan León Africano, que aunque nacido en Granada desarrolló la mayor parte de su vida en el norte de África, viajó varias veces a Tombuctú y llegó a Djenné y Oualata, Gao, Kano (Africano, 1995), proporcionando a Occidente una valiosa información sobre esta zona.

El siglo XVI se inauguraba con una institución organizativa que tendría una larga vida. La creación de la Casa de Contratación de Sevilla en 1503 no solo organizó los tratos con América, sino también con África subsahariana. Pronto, la realidad superó lo firmado en los tratados. El Atlántico comercial necesitaba de las dos orillas. Las zonas controladas por los portugueses en África demandaban de los mercados americanos hispanos, y las tierras americanas pronto tuvieron acceso a los esclavos africanos. Las

orillas de Europa, África y América tuvieron que superar los monopolios y zonas de influencia conocidos para establecer lazos entre ellos y crear así grandes fortunas. Debemos tener en cuenta que la mayor parte de los esclavos introducidos en América en el siglo XVI se dirigieron hacia la América hispana.

El tráfico de esclavos fue el comercio más lucrativo para los españoles hasta finales del siglo XIX. No solo beneficiaba a la Corona a través de la venta de licencias y asientos, sino que también sacaban provecho los banqueros, los mercaderes, los armadores, las tripulaciones españolas contratadas para el comercio con África y un sin fin de productores. Aunque ya se habían trasladado esclavos a Canarias y a la península ibérica con anterioridad, a partir de 1501 se introdujeron los primeros esclavos hacia América, inaugurándose un flujo que no cesaría. Hasta 1510 la entrada en las Indias fue libre, pero a partir de ese año una cédula real permitió expresamente la entrada de esclavos negros y ya desde 1513 fue necesario tener licencia. En 1518 se empezaron a aplicar asientos parciales para transportar esclavos, aunque el sistema de licencias se reanudaría actuando hasta 1595, cuando se impuso el sistema de asiento total en la figura inaugural de Pedro Gomes Reinel, que se prolongaría en manos de los portugueses hasta 1640.

Algunas obras importantes se financiaron con este tráfico, como la muralla de la ciudad de Las Palmas, el puerto de Santa Cruz de La Palma, las fortificaciones de Gibraltar y Melilla y las obras del alcázar de Toledo y de Madrid. En otras muchas se utilizaron a estos esclavos como mano de obra, como ocurrió en Málaga, Almería, Cádiz (Morgado García, 2013: 253-254).

Durante el siglo XVI las principales áreas de contacto fueron las islas de Cabo Verde, los ríos de Guinea (la zona comprendida entre el río Senegal y Sierra Leona) y la isla de Santo Tomé. No obstante, también se tuvo contacto con otras como la Magarobomba (actual Sierra Leona), la costa de la Malagueta (Liberia), Elmina, la isla de Príncipe y, a finales del siglo XVI, el Congo y Angola. Las relaciones con los ríos de Guinea fueron aumentando conforme pasaba la centuria en detrimento de Cabo Verde, vinculado al contrabando en el comercio de esclavos. Junto a ellos llegaban otras mercancías a los puertos españoles como cueros, algodón, pieles, oro, especias a

cambio de vino, aceite y cereal, además de telas y una gran cantidad de manufacturas. También lugares como Manicongo, Biafara, Zofala, Tombuctú, etc. fueron cada vez más frecuentes en la propia literatura española (Fra Molinero, 1995: 21-22).

La cartografía española en torno a la Casa de la Contratación y al Padrón Real se preocupó fundamentalmente por el conocimiento de América, pero África no quedaba desplazada de su objetivo. Se representaba todo el continente y figuraban prácticamente todos los lugares costeros y muchos del interior con una interesante toponimia en español. En estos mapas se ubica, por ejemplo, el nacimiento del Nilo muy próximo a su localización real, asociado a las montañas de la Luna o a lagos interiores. Por otro lado, autores como Tomás de Mercado, Martín Fernández de Enciso, Luis del Mármol Carvajal, Bartolomé de las Casas o Alonso de Santa Cruz describieron en sus tratados de geografía y en sus ensayos tanto la geografía africana como el comercio de esclavos que emanaba de este continente. Eran muy precisos en la descripción de la costa atlántica, pero también detallaban la oriental (Sofala, Zambeze, isla de San Lorenzo, Mozambique, Quiloa, Mombaza, Malinde, Mafia, Zanzíbar, Pemba, etc.). Contamos con una descripción en español de la ruta entre Marrakech y Tombuctú¹ a principios de la década de los ochenta del siglo XVI, siglos antes de que un europeo consiguiese ir y volver de esa ciudad mítica. Lo cierto es que la corte de Felipe II conocía las delegaciones del Imperio songhay a través de Marruecos.

En su vuelta al mundo la expedición, Elcano tan solo tocó en Cabo Verde por temor a que fuera interceptado por los portugueses, aunque inaugura para los españoles la ruta de conexión con Filipinas a través del cabo de Buena Esperanza. El segundo viaje alrededor del mundo por un español también llegó a la costa africana. El padre Pedro Ordóñez de Ceballos, que había salido desde América, atravesando el Pacífico y recorriendo Asia, había alcanzado la isla de Socotora, donde tuvo un encuentro con corsarios. De allí llegó a las islas Comores, anclando en el puerto de Mataka —en la costa del actual Mozambique—, atravesando luego el cabo de Buena Esperanza (Ordóñez y Ceballos, 1614: 183-188).

1. Archivo General de Simancas (AGS), Guerra y Marina, legs. 127, 207.

Las islas Canarias, debido a su posición estratégica y a su papel de escala en el viaje de ida hacia África y América, desempeñaron también un papel de observatorio y de informante a la Corona de los movimientos de armadas, corsarios y embarcaciones de potencias enemigas y de competidores hacia la zona (Santana Pérez y Santana Pérez, 2002).

Por tanto, no es de extrañar que desde 1552, la Corona portuguesa y la española contemplasen la creación de una armada conjunta para defender sus intereses africanos, junto con un proyecto de defensa global del Atlántico y el Mediterráneo².

EL AUGE EN LAS RELACIONES HISPANO-AFRICANAS

La Unión Ibérica incrementó notablemente los lazos con África subsahariana. A partir de 1580 el monarca español también lo era de las plazas portuguesas en África por lo que la ingente cantidad de información procedente de África también llegaba a Madrid y a otros centros hispanos. Este hecho, sin duda, fue un espaldarazo para la presencia española en el continente. El comienzo no fue fácil. La permanencia de la armada del prior de Crato en las islas de Santiago y Fogo por varios meses obligó a la recuperación de estos territorios, siendo su población indultada por Felipe II del delito de rebelión del que se le había acusado. La presencia de los franceses, que apoyaban a Crato, también se dejó sentir en Elmina.

Durante el reinado de los Felipes se reforzó el aparato defensivo en las principales plazas africanas, y algunas de sus fortalezas fueron rebautizadas en su honor, como en el caso de Ribeira Grande, que sería conocida como San Felipe por Felipe II, o la fundación de San Felipe de Benguela (1617), en Angola, en honor a Felipe III.

Aunque la fundación de San Pablo de Luanda fue en 1575, la mayor parte de las guerras de Angola se desarrollaron durante el reinado de los monarcas hispanos. A partir de los años ochenta de aquel siglo, tanto Lisboa como Madrid desarrollaron una política

2. AGS, Estado 375, 102.

basada en fortalecer la posición militar por un lado, y por otro, atraer a los sobas, que simpatizaban con la causa en contra del poder del Ngola. Además de impulsar decisiones desde Madrid, se invirtieron algunos capitales españoles en estas guerras, incentivados además por la creencia de que en Angola, además de un provechoso mercado de esclavos, se encontraban importantes yacimientos de metales preciosos. Desde Angola se enviaron muestras de metales, particularmente de plata y cobre, al puerto de Cádiz.

En su relato de 1591, Richard Rainolds y Thomas Dassel hablan de la ciudad de Cassan o Caçao, en el río Gambia, donde vivían muchos españoles y portugueses. Se trataba, según Dónela, del principal puerto de rescate en ese río en aquel momento: acudían decenas de navíos y se encontraban algunos tangomanos conocidos (Dónela, 1977: 300). También habitaban españoles en Cantor en la misma época, según expedicionarios ingleses (Jobson, 1999: 11).

La Unión Ibérica también constató la pérdida de exclusividad en aguas africanas, puesto que holandeses, franceses, ingleses, brandemburgueses, daneses y suecos establecerían sus propias factorías y, a la larga, irían dominando el comercio en esta zona. Pero, por otro lado, este periodo fue el de mayor desarrollo del comercio entre España y África durante la Edad Moderna. Cientos de embarcaciones españolas acudieron a buscar esclavos para transportarlos a América o a la propia España. Cada vez más tripulantes y mercaderes españoles se dirigieron a Cabo Verde, los ríos de Guinea, Santo Tomé y Príncipe, el Congo y Angola para intercambiar mercancías, muchas de ellas españolas.

El comercio con Angola fue considerable en las primeras décadas del siglo XVII (Parreira, 1997: 108-112). Antonio Dinis, minero portugués que dejó una relación en 1622, afirmaba que el puerto de Luanda era frecuentado por unos treinta o cuarenta navíos al año, de los que veinte procedían de Sevilla, Brasil y Canarias (Amaral, 2000). La preocupación de las autoridades portuguesas por la intromisión de los castellanos en el espacio africano se incrementó a raíz de la unificación de los dos reinos ibéricos en 1580. La unión abrió nuevas posibilidades de colaboración y de intervención económica en ambos sentidos. Al igual que sucedía en América, donde los portugueses habían ganado terreno en las

zonas de influencia española en ese continente, los castellanos intentaron consolidar sus posiciones en África, en la zona de influencia portuguesa, particularmente en Guinea, donde la custodia lusitana se realizaba con mayor dificultad, dada la lejanía del control caboverdiano.

Los reyes del Congo, como Álvaro II, enviaron embajadas a Roma, en parte para intentar desprenderse de parte de la tutela portuguesa y, por ende, de la española. Entre sus embajadores se encontraba Juan Bautista Vives, prelado español —y más concretamente de Valencia— en la curia (Baur, 1996: 71). Otro de los embajadores congoleños que previo paso por Lisboa, de camino a Roma, pasó a Madrid en 1607 fue Antonio Manuel Negrita. De él se indica que hablaba bien tanto el portugués como el castellano.

A principios del siglo XVII, la presencia de esclavos en España, sobre todo en Andalucía, Extremadura y Canarias llegó a su apogeo. José Pellicer y Tovar señalaba cómo en 1640 habitaban más de cuatrocientos esclavos de Angola en la Casa de Campo de Madrid, liderados por un capitán y un cabo de su nación. Formaban parte de un regimiento de negros que estaban armados con carcajes y flechas y eran fruto del ofrecimiento del rey de Angola como vasallo de España (1965: 82). Phillips, dando por buenas las cifras de Domínguez Ortiz y Fernández Álvarez, así como Cortés López sitúan a los esclavos que llegaron en el siglo XVI entre 55.000 y 60.000 (Phillips, 1990: 235-236; Cortés López, 1986: 41 y 240). Aunque en ellas están incluidos los norteafricanos, eran mayoría los subsaharianos.

Esta era la época del pintor Juan Pareja o del catedrático de la Universidad de Granada, Juan Latino. Las referencias a africanos se convirtieron en usuales en los literatos más destacados del Siglo de Oro, incluyendo a Cervantes, Lope de Vega o Calderón de la Barca. Aunque no estrictamente relacionado con África, en la segunda mitad del siglo XVII, Francisco José de Jaca predicaría en favor del final de la esclavitud en América.

El emperador etíope Sarsa Dengel escribió a Felipe II solicitándole el envío de cañones y mosquetes y hombres experimentados. A su vez, Felipe II respondió en 1587 felicitándole por las victorias contra los otomanos y proponiéndole ayudarle contra el

Turco. El interés español era luchar contra la pujanza otomana en el mar Rojo y en el Índico. En 1603 el madrileño Pedro Páez llegaba a Etiopía a través de Portugal. Durante su estancia el emperador Za Dengel le encomendó la redacción de una carta a Felipe III en la que le pidiese el envío de artesanos, misioneros y soldados con el fin de emprender la conquista a los turcos de Masawa y así también poder atacar a los oromos. A cambio ofrecía el matrimonio de su hijo con una hija del monarca español. La propuesta fue desoída parcialmente por el rey hispano, que respondería en 1611 garantizando tan solo el mantenimiento de las buenas relaciones entre ambos reinos (Alfonso Mola y Martínez Shaw, 2004: 68). Bajo la influencia de Pedro Páez se convirtieron al catolicismo los negus Za Dengel (en secreto) y Susneyos. Este último también se carteo con Felipe III solicitándole artesanos, armas y militares para modernizar su ejército. El madrileño fue además el primer europeo en visitar el lago Tana y las fuentes del Nilo azul, y publicó *Historia de Etiopía*.

A partir de 1640 la situación cambió drásticamente con la independencia de Portugal. La actividad creciente que los españoles habían desplegado en tierras africanas se vio amenazada. Todavía hasta 1662, en donde volverí a recaer el asiento en manos de los genoveses Domingo Grillo y Ambrosio Lomelín, la Corona trató de vincularse a África de forma directa y con gran protagonismo. Esta presencia habría de prolongarse incluso hasta principios de la década de los ochenta del siglo XVII, cuando los asentistas ya no se dirigirán a África para conseguir esclavos, sino que los compraban directamente en las Antillas. Tras la ruptura lusitana, los españoles hicieron un intento por sustituir a los portugueses en el abastecimiento de Indias. Especialmente relevante fue la acción española en los ríos de Guinea, aunque también hubo presencia en otros lugares (Santana Pérez, 2017). Se realizaron planes para recuperar parte de las plazas perdidas con la independencia lusa. En 1651 se volvió a un sistema de administración directa en manos de la Universidad de Mercaderes de Sevilla.

Las misiones con frailes españoles que partían desde España tuvieron por objeto la evangelización de Arda, Benín, el Congo y los ríos de Guinea. En el Congo los misioneros se convirtieron en eventuales embajadores del rey del Congo. Entre Sierra Leona y

Cacheo actuó el padre Serafín, que sería conocido como "el apóstol de Sierra Leona". En la misión de Arda se preparó un catecismo titulado *Doctrina Cristiana*. Escrito en castellano y *egun* (o *gun*), la lengua de Arda, es el texto más antiguo conocido de la lengua de la Costa de los esclavos. En este caso el fracaso de este contacto se debió, no solo a la falta de entendimiento en materia religiosa y cultural (Cornevin, 1962: 246-247), sino también a que la aportación española no cumplió las expectativas comerciales del rey africano, que eran realmente las que demandaba. Las misiones de españoles no solo tenían un cariz religioso, sino también político, por lo que debemos relacionar su proliferación en estas décadas con los mayores intereses de España en esta zona y con la posibilidad de incrementar el comercio español de esclavos e incluso con la posibilidad de establecer bases permanentes en el continente que le proporcionasen este suministro.

Las relaciones diplomáticas continuaron. La primera embajada hacia Europa que envió un rey de Arda (o también llamado Allada, Ardres, Arder o Ardrah), reino de la Costa de los esclavos, tuvo como destino España en 1658, ya que consideraban en ese momento que el rey español era el más poderoso de los europeos. Como resultado el monarca español apoyó una misión hacia el territorio junto con embarcaciones comerciales. Don García II, rey del Congo, se carteo con Felipe IV, proponiéndole la colaboración entre ambos reinos para zafarse de holandeses y portugueses y tomar conjuntamente Luanda, al tiempo que le planteaba ceder la explotación de las posibles minas de plata que se descubriesen a los españoles (Brásio, 1960: 456-457). También la Corona española mantuvo relaciones con el conde de Soño y la misma reina Zinga. Según Robin Law, la referencia más temprana del estado de Dahomey se halla en libro de cuentas español de 1675, que lo describe como un antiguo tributario del reino de Allada (Law, 1991: 263).

Algunos españoles desarrollaron su actividad económica y vital en tierras africanas. Jean Jajolet de la Courbe, director general de Compañía de Senegal francesa, afirmó en 1686 que en Gerege, cerca del río Gambia, se encontraba un español que era yerno del rey de ese país y que se hacía nombrar Señor Juan Felipe

(Jean Philippe), y que todos los africanos del lugar le hacían reverencia como si fuera un rey (Boulégue, 1989: 16, 56-57, 67).

HACIA UN ESTABLECIMIENTO ESPAÑOL PERMANENTE EN ÁFRICA

La llegada de los borbones supuso primero, la entrega del asiento en monopolio a la Compañía Francesa de Guinea y luego a la South Sea Company. Sin embargo, esta cesión del tráfico esclavista en manos de compañías extranjeras alejó los intereses españoles en África. No obstante, continuaron las relaciones regulares con Cabo Verde y el estudio geográfico del continente. El peso español se convirtió en la moneda más valorada del continente. La pérdida de pujanza fue paulatina, en consonancia con la pérdida de poder económico y político, en favor de las potencias del norte de Europa. A pesar de ello existieron numerosos proyectos para superar esta situación y sacar partido del comercio africano, consolidando así la posición española.

La guerra de la Oreja de Jenkins de 1739, entre España y Gran Bretaña, y la guerra de Sucesión a la Corona austriaca provocaron la búsqueda de alternativas al monopolio inglés, por lo que, de nuevo, navíos que partían de España se fueron dirigiendo a África. Esta situación se consolidaría después de 1750, tras la liquidación definitiva del asiento inglés. En 1743, plena guerra, Felipe V envió cartas de recomendación al emperador de Monomotapa y al rey de Etiopía, calificando al primero de "muy querido y muy amado amigo"³.

Después de 1750, se asignaron algunos asientos parciales a españoles hasta la creación de la Compañía Gaditana de Negros desde 1765 hasta 1779 (Torres Ramírez, 1973). El 28 de febrero de 1789 se decretó finalmente la libertad de comercio negrero para Caracas, Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico, medida liberalizadora que se completaría en 1791 y 1793.

Justo en la segunda mitad del siglo XVIII se renovó el interés por buscar una ruta alternativa a la de Acapulco-Manila para

3. AGS, Estado, leg. 8123.

dirigirse a Filipinas, pasando a través de El Cabo. Esta nueva ruta también reforzaba en el Índico el papel de las islas Mauricio y Reunión, con las que los españoles tenían relaciones desde el siglo XVII.

En este contexto hay que situar el viaje científico de Francisco Noroña a Mauricio y Madagascar, que conectaba además con la política ilustrada de la época. De él se conserva el primer diccionario malgache-español. Ese interés por establecer bases estables hacia Filipinas y por asegurarse el abastecimiento de esclavos a las colonias americanas desembocaría en la primera ocupación de Guinea Ecuatorial.

En 1 de octubre de 1777 España firmaba con Portugal el Tratado de San Ildefonso, que tendría su continuación un año después en El Pardo. Portugal cedía las islas de Fernando Poo y Anobón, más la posibilidad de negociar con la franja costera inmediata del continente africano, desde el cabo Fermoso hasta el río Gabón. Al mismo tiempo las embarcaciones españolas que recalasen en Santo Tomé y Príncipe, recibirían la categoría de “nación más favorecida” y se establecería el comercio libre de esclavos entre ambas naciones en esas islas. La expedición del conde de Argelejo partió desde Montevideo en 1778, tomando posesión de Fernando Poo y Annobón, aunque las dificultades de sanitarias y la imposibilidad de una puesta en explotación fácil y barata malogró esta primera ocupación, a pesar de los refuerzos llegados desde Canarias. En esta primera ocupación de Guinea Ecuatorial no se practicó ningún asentamiento en el continente. Los primeros en cabo San Juan y Corisco no se lograrían hasta el periodo que va de 1839 a 1843 (Bolekia Boleká, 2003: 41).

El fracaso del establecimiento permanente en Fernando Poo y Annobón propició que se presentasen otros proyectos a la Corona español, como el establecimiento en otras zonas de la costa africana desde donde fuese más efectivo el tráfico de esclavos tales como Goré, Elmina y sobre todo las islas Bijagós.

Entre 1784 y 1786, Carlos III actuó de intermediario en el conflicto abierto entre Portugal y Francia por la posesión de Cabinda, y en general por los territorios al norte de la desembocadura del río Zaire, propiciando en 1786 la firma, en territorio

español, de la Convención de El Pardo (distinto al de Guinea) entre Francia y Portugal⁴.

Las guerras napoleónicas condicionaron las relaciones entre España y África subsahariana a finales del siglo XVIII puesto que convertía a Francia en aliada y en enemiga a Gran Bretaña, la gran dominadora de los mares y también de las costas africanas.

DEL ABOLICIONISMO AL COLONIALISMO

El siglo XIX estuvo condicionado por los intereses esclavistas en América y la abolición de la esclavitud, por la ocupación de Guinea Ecuatorial y por el propio desarrollo de las fuerzas productivas españolas, así como por la debilidad e inestabilidad política del Estado, que condicionaron sus relaciones externas, África incluida. Las posibilidades de abolir la esclavitud se truncaron en las Cortes de Cádiz. En el movimiento abolicionista surgieron voces como las de Blanco White. Las presiones inglesas obligaron a los españoles a poner fin a este comercio a través de un tratado firmado en 1817, que establecía en 1820 el límite para ejecutarlo. Sin embargo, no se cumplió escrupulosamente. Como consecuencia de la firma de este compromiso, se creó en 1819 un tribunal mixto anglo-español en Sierra Leona para juzgar a los buques negreros que practicaron la trata. En 1837 se consiguió la abolición de la esclavitud en la España peninsular, Baleares y Canarias, justo donde los porcentajes de esclavos eran ínfimos. Las presiones coloniales, particularmente en Puerto Rico y Cuba, prolongaron la esclavitud española en el siglo XIX. La falta de liquidez del tesoro español contribuyó a dilatarlo en el tiempo puesto que no había disponibilidad para indemnizar a los dueños (Navarro Azcue, 1987: 227-231). Finalmente, la esclavitud fue abolida en 1873 en Puerto Rico y en 1886 en Cuba.

Por el contrario, a principios del XIX se reactivó la trata esclavista española, no solo por la demanda hispana, sino también por la internacional, en un periodo marcado por la abolición que

4. AGS, Estado, leg. 7339.

algunos españoles trataron de aprovechar. En este ambiente tuvo lugar el apresamiento de naves negreras españolas por los británicos en casi toda la costa occidental africana. Un ejemplo de enclave esclavista con numerosos españoles sería Río Gallinas en la frontera entre Sierra Leona y Liberia, destacando la figura del español Pedro Blanco Fernández de Trava, quien residía en esa zona desde 1827. Organizó continuos transportes para el rey Siaka, retirándose millonario en 1839 (Fyfe, 1962: 184). En 1846 el rey Mana de Gallinas, sucesor de Siaka, envió una carta a su "hermana" Isabel II a través del cónsul español en Sierra Leona, Juan José García, para que se estableciesen relaciones comerciales amistosas con España y no con los británicos, puesto que estos habían quemado varios pueblos de la costa en varias ocasiones; pretendía, pues, obtener la protección y el dominio de España (Arnalte, 2006: 106-109). En menor medida, también se desplegó la acción española en otros lugares que incluían la costa de Senegal, Guinea-Bisáu, Costa de Marfil, Nigeria, Loango o Cabinda (Nerin, 2015). Los beneficios del comercio de esclavos construyeron alguna de las grandes fortunas del siglo XIX, como la de Antonio López, marqués de Comillas.

En cualquier caso, la mayor vinculación de España en África subsahariana tuvo lugar en Guinea Ecuatorial. Los territorios del golfo de Guinea apenas fueron rentables hasta bien entrado el siglo XX. Por ese motivo algunos gobiernos españoles contemplaron la opción de venderlos a Gran Bretaña, particularmente Fernando Poo y Anobón. La presión de la opinión pública, defensora de la política imperialista española, malogró esta posibilidad. También se optó por utilizar a Guinea como cárcel para los presos políticos, además de traer emancipados cubanos, esclavos y krumanes de la vecina costa africana. En 1858, coincidiendo con la expedición de Chacón bajo el mando ya de gobernadores españoles, se inauguró un nuevo periodo colonial.

El proceso colonialista se vio apoyado por la creación de sociedades geográficas, al estilo de las europeas, donde tenían representación los intereses burgueses expansionistas. La Sociedad Geográfica Española en 1876, la Asociación Española para la Exploración de África en 1877 y la Sociedad Española de Africanistas

y Colonialistas en 1883, auspiciada por Joaquín Costa. En noviembre de 1912 se constituyó en Madrid, en el Senado, la Liga Africanista Española. En el último cuarto del siglo XIX las exploraciones de Iradier y la labor de las hermanas Urquiola; la llegada de misioneros claretianos y las concepcionistas; la implantación del cultivo de cacao, la obligación de trabajo forzado y la llegada de empresas españolas hicieron posible la consolidación de la ocupación.

Cuando en 1898 se perdieron las últimas colonias españolas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, el foco expansionista se puso claramente en África. Sin embargo, ya era tarde y España se vería obligada a pactar tratados internacionales que reducirían los límites de la Guinea española, muy por debajo de las expectativas hispanas.

Las primeras décadas del siglo XX contemplaron un progreso lento en la acción colonizadora en Guinea. La situación en la Primera Guerra Mundial fue tensa por el bloqueo aliado a la costa camerunesa, con la que tenía trato Guinea Ecuatorial, y por la llegada de emigrantes procedentes de la colonia alemana (Santamaría, Tomás y Barril, 2018).

Dentro de la postura de defensa de los intereses coloniales surgió una intelectualidad que realizaba multitud de trabajos, casi siempre centrados en las colonias españolas; en sus propuestas, se iban adaptando a las directrices generales de la política colonial europea y a los intereses particulares españoles. Estos intelectuales eran Ríos y Moros, Guillemar, Usera, Navarro, Muñoz, Negrín, M. Sanz, Torres, Sorela, Iradier, Coello, López Vilches, Montaldo, Beltrán y Rózpide, D'Almonte, Saavedra, Granados, Ramos, Río Joan, Unzueta, Valdés, Arija, Banciella, Nosti, Olmo, Sanz, Bágüena, Bravo Carbonell (Cordero Torres, 1949: 67), Ferrer Piera, Rodríguez Barrera, Nosti, Olmo Boullón, Del Saz, Bonelli y Rubio, Fuster Riera, Lombardero Vicente, Perpiñá Grau, Capdevielle San Martín, Cencillo de Pineda, Díaz de Villegas, Guinea, Vilaró, Fernández o Zaragoza.

En 1925 se instituyó la Dirección General de Marruecos y Colonias que, en 1959, con la independencia del país norteafricano, paso a denominarse Dirección General de Plazas y Provincias Africanas. En junio de 1945 se creó el Instituto de Estudios

Africanos, del que era dependiente, entre otros, el Museo de África. La economía colonial se reactivó a partir de la década de los cincuenta. Este momento coincidió con el camino a las independencias de los demás estados africanos. España, que tenía aspiraciones de continuar extrayendo los recursos de la colonia, se vio obligada, en plena dictadura franquista, a realizar una política de dilatación. Para ello primero convirtió a Fernando Poo y Río Muni en provincias y después les dio la autonomía en 1964, con la entrada en vigor del referéndum de 1963. Finalmente, la presión internacional e interna hizo que en 1968 España abandonase Guinea Ecuatorial, tras un referéndum constitucional.

Aunque Guinea Ecuatorial abarcó la mayor parte de los esfuerzos de los españoles durante el siglo XX, un gran número de ellos trabajó en otras colonias, sobre todo del África occidental; incluso había un grupo significativo de republicanos exiliados en Senegal tras la Guerra Civil. La mayor parte de los que emigraron, sin embargo, lo hicieron por motivos económicos.

Debemos destacar también las comunicaciones del Gobierno de Franco con la Sudáfrica del *apartheid*, debidas a la colonia de españoles en Puerto Elizabeth, a las relaciones pesqueras y a la política de simpatía por su oposición al comunismo. Ya en 1850 se había fundado la ciudad de Ladysmith en honor a la española Juana María León, que había acudido a Sudáfrica con su marido inglés (Riesgo, 1986).

HACIA LA NORMALIZACIÓN DE LAS RELACIONES

El abandono definitivo de Guinea y de las otras colonias africanas españolas, la muerte de Franco y la llegada de la democracia abrirían una nueva etapa en las relaciones entre España y África subsahariana.

Tras la muerte de Franco, la dictadura de Macías y la llegada de la democracia a España, las relaciones bilaterales cambian radicalmente.

Los vínculos con la antigua colonia tornaron en una considerable desidia, una especie de liberación de un territorio: tras la

gran evacuación de 1969, conservó un número de españoles muy reducido, apenas interesaban ya sus recursos y sus condiciones políticas tampoco servían precisamente de reclamo. Sería en el siglo XXI, con el descubrimiento de petróleo en sus aguas, cuando se incrementase de nuevo el interés español, aunque con profundos altibajos.

España se enfrentaba a partir de los años ochenta a un cierto desdén por África, resultado de su anterior etapa colonialista, pero al mismo tiempo se insuflaron aires de renovación y modernización en sus relaciones internacionales. Los estudios sobre África fueron, poco a poco, poniéndose al día y reclamando un espacio en el contexto internacional.

A principio de los noventa, el interés por el continente se reactivó. Los motivos fueron varios, pero entre ellos hay que destacar el creciente interés de algunas empresas españolas por acceder a los mercados africanos, la llegada creciente de inmigrantes y, de forma reciente, la preocupación por la seguridad como consecuencia de la inestabilidad política africana y el islamismo radical. Beneficiados por este mayor interés, los programas de cooperación y los estudios sobre asuntos africanos proliferaron. A día de hoy no se centran solo en Guinea Ecuatorial, generalmente, sino en toda África.

La cooperación española aumentaba continuamente sus presupuestos hasta la crisis, sobre todo a partir de 1995, constituyéndose además con la característica de la descentralización (Corral, 1995; Martínez y Díaz, 2007). El papel de la Agencia Española para la Cooperación Internacional al Desarrollo (AECID), creada en 1988, ha sido clave. Precisamente la cuestión de la cooperación se abordará de forma concienzuda en los capítulos siguientes.

En la labor institucional destaca el establecimiento de numerosas embajadas y consulados en países africanos y el relativamente reciente apoyo al español como lengua a través de los lectores de la AECID y de las sedes del Instituto Cervantes. Se han desarrollado numerosas misiones de soldados españoles en países como Somalia, Mali, República Centroafricana o Senegal. La creación en 2006 de Casa África abrió una ventana diplomática de primer orden que ha venido actuando y apoyando a todas las actuaciones

españolas. Diversas fundaciones y *think tanks* han proliferado en los últimos tiempos, como también congresos, asociaciones, campus, publicaciones e incluso festivales de cine relacionados con África, como el de Tarifa.

El área prioritaria de esta relación es ahora el África occidental, destacando países como Senegal y Cabo Verde y, de forma más reciente para la cooperación española, algunos de los lusófonos como Angola y, sobre todo, Mozambique. A ellos hay que añadir unos países “ancla” que por su demografía o peso político guardan interés para España. Es el caso de Etiopía, Nigeria o Sudáfrica a los que se suman otros como Ghana o Costa de Marfil. En la última década también ha cobrado interés la presencia española en el Sahel, casi siempre como instrumento de control europeo sobre la emigración y el desarrollo del terrorismo.

El Plan de Acción para África subsahariana 2001-2002 y los diferentes planes África han marcado en el nuevo milenio los ejes básicos de la política exterior española hacia este continente y los países prioritarios para los intereses hispanos. Otro hecho relevante es el contar con una Dirección General de África y las visitas que sucesivos jefes de Estado, presidentes y ministros han realizado a multitud de países africanos. En el contexto europeo, que el representante especial de la Unión Europea para el Sahel entre 2015 y 2022 sea español también es un éxito de la política exterior española en el continente.

A la pregunta inicial que encabezaba el título de este capítulo debemos responder, por tanto, que la relación con África subsahariana no era nueva, pero se incrementó durante la Edad Moderna y la Contemporánea. Se mantuvo una relación constante y regular que el olvido hizo renacer, de forma errónea, con la colonización de Guinea Ecuatorial. Por otro lado, los africanos también forman parte de los españoles debido a los procesos migratorios originados con la esclavitud y el mestizaje posterior. Pensar que las migraciones africanas son nuevas en España es ser ignorante de nuestro propio pasado. Es cierto que los mayores contactos se mantuvieron con la costa atlántica, pero no solo porque tanto el Índico como el interior del continente estuvieron presentes en este vínculo. El papel de la cooperación se

implementó en las últimas décadas; papel que se desarrollará en las siguientes páginas.

BIBLIOGRAFÍA

- AFRICANO, J. L. (1995): *Descripción general del África y de las cosas peregrinas que allí hay*, Lunweg, Barcelona.
- ALBUQUERQUE, L. (dir.) (1989): *A Ilha de Sao Tomé nos Séculos XV e XVI*, Publicações Alfa, Lisboa.
- ALBUQUERQUE, L. y MADEIRA SANTOS, M. E. (coord.) (1991): *História geral de Cabo Verde*, vol. 1, Centro de Estudos de História e Cartografia Antiga, Instituto de Investigação Científica Tropical y Direcção Geral do Património Cultural de Cabo Verde, Lisboa y Praia.
- ALFONSO MOLA, M. y MARTÍNEZ SHAW, C. (2004): "Pedro Páez y la misión jesuítica en Etiopía en el contexto de la unión de las Coronas de España y Portugal", *Espacio, Tiempo y Forma*, serie IV, 17.
- AMARAL, I. (2000): *O consulado de Paulo Dias de Novais: Angola no último quartel do século XVI e primeiro do século XVII*, Ministério da Ciência e da Tecnologia, Instituto de Investigação Científica Tropical, Lisboa.
- BALLONG-WEN-MEWUDA, J. B. (1993): *Sao Jorge da Mina 1482-1637. La vie d'un comptoir portugais en Afrique occidentale*, tomo 1, Fondation Calouste Gulbenkian, Centre Culturel Portugais, Comisión Nationale pour les commemorations des decouvertes portugaises, Lisboa y París.
- BAUR, J. (1996): *2000 años de cristianismo en África*, Mundo Negro, Madrid.
- BOLEKIA BOLEKÁ, J. (2003): *Aproximación a la historia de Guinea Ecuatorial*, Amarú Ediciones, Salamanca.
- BOULÉGUE, J. (1989): *Les Luso-Africans de Sénégambie XVIe-XIXe siècles*, Ministerio da Educação, Instituto de Investigação Científica Tropical, Université de París I, Centre de Recherches Africanines, Lisboa.
- BOVILL, E.W. (1999): *The Golden Trade of the Moors*, Markus Wiener Publishers, Princeton.
- BRASIO, A. (ed.) (1960): *Monumenta Missionaria Africana: Africa occidental (1643-1646)*, vol. 9, Agencia Geral do Ultramar, Lisboa.
- CARREIRA, A. (1982): *Estudos de Economia Caboverdiana*, Estudos de Historia de Portugal e dos Portugueses, Imprensa Nacional y Casa da Moeda, Lisboa.
- CORDERO TORRES, J. M. (1949): *El africanismo en la cultura hispánica contemporánea*, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid.
- CORNEVIN, R. (1962): *Histoire du Dahomey*, Editions Beger-Levrault, París.
- CORRAL, J. C. (1998): *La cooperación descentralizada en España: cooperación descentralizada. ¿Un nuevo modelo de relaciones Norte-Sur?*, Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación, Los Libros de La Catarata, Madrid.
- CORTÉS LÓPEZ, J. L. (1986): *La esclavitud negra en la España peninsular del siglo XVI*, Universidad de Salamanca, Salamanca.
- DÓNELA, A. (1977): *Descrição da Serra Leoa e dos Rios de Guiné do Cabo Verde (1625)*, Juntas de Investigações Científicas do Ultramar, Lisboa.
- FRA MOLINERO, B. (1995): *La imagen de los negros en el teatro del Siglo de Oro*, Siglo Veintiuno, Madrid.
- FYFE, C. (1962): *A History of Sierra Leona*, Oxford University Press, Oxford.
- JOBSON, R. (1999): *The Discovery of river Gambia (1623)* (ed. por D. P. Gamble y P. E. H. Hair), The Hakluyt Society, Londres.

- LAW, R. (1991): *The Slave Coast of West Africa 1550-1750: The Impact of the Atlantic Slave Trade on an Africa Society*, Clarendon Press, Oxford.
- LLAGUNO, A. (2006): *La conquista de Tombuctú: La gran aventura de Yuder Pachá y otros hispanos en el Reino de los Negros*, Almuzara, Córdoba.
- MARTÍNEZ, R. y DÍAZ, C. (2007): "La cooperación española en África subsahariana", en *Avances y retos de la cooperación española: reflexiones para una década*, Fundación Carolina, Siglo XXI, Madrid.
- MORGADO GARCÍA, A. (2013): *Una metrópoli esclavista: el Cádiz de la modernidad*, Universidad de Granada, Granada.
- NAVARRO AZCUE, C. (1987): *La abolición de la esclavitud negra en la legislación española 1870-1886*, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid.
- NERIN, G. (2015): *Traficants d'ànimes: els negress espanyols a l'Àfrica*, Portic, Barcelona.
- NORTHRUP, D. (2002): *Africa's Discovery of Europe 1450-1850*, Oxford University Press, New York y Oxford.
- ORDÓÑEZ y CEBALLOS, P. (1614): *Viaje del mundo*, impr. de Luis Sánchez, Madrid.
- PANKHURST, R. (2007): "Primeros contactos entre Etiopía y los mundos hispánicos", *Commemoración del IV Centenario de la llegada del sacerdote español Pedro Páez a Etiopía*, Actas del seminario internacional celebrado en Adís Abeba (9-11 de diciembre de 2003), Agencia española de Cooperación Internacional, Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, Madrid.
- PARREIRA, A. (1997): *Economia e sociedade em Angola: na época da Rainha Jinga (século XVII)*, Estampa, Lisboa.
- PELLICER, J. (1965): *Avisos históricos*, Taurus, Madrid.
- PÉREZ EMBID, F. (1948): *Los descubrimientos en el Atlántico y la rivalidad castellano-portuguesa hasta el Tratado de Tordesillas*, Escuela de Estudios Hispano Americanos de Sevilla, Sevilla.
- PHILLIPS, W. D. (1990): *Historia de la esclavitud en España*, Playor, Madrid.
- RIESGO, J. M. (1986): "España y Sudáfrica", *Revista de Estudios Internacionales*, vol. 7, 3.
- RUMEU DE ARMAS, A. (1996): *España en el África Atlántica*, tomo I, Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria.
- SANTAMARÍA, A.; TOMÁS, J. y BARRIL, A. (2018): *África en la Primera Guerra Mundial*, Bellaterra, Barcelona.
- SANTANA PÉREZ, G. (2017): "Acción española y plazas atlánticas portuguesas en África tras la independencia portuguesa: lealtad, ruptura o interés", *Estudios Ibero-Americanos*, Porto Alegre, vol. 43, 1.
- SANTANA PÉREZ, J. M. y SANTANA PÉREZ, G. (2002): *La puerta afortunada: el papel de Canarias en las relaciones hispano-africanas*, Los Libros de La Catarata, Cabildo de Gran Canaria y Cabildo de Lanzarote, Madrid.
- SEIBERT, G. (2006): *Comrades, Clients and Cousins: Colonialism, Socialism and Democratization in São Tomé and Príncipe*, Brill, Leiden y Boston.
- TORRES RAMÍREZ, B. (1973): *La compañía gaditana de negros*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, Sevilla.
- VILLAR RASO, M. (1987): "La gente africana de Yuder Pacha", en *Andalucía en la curva del Níger*, Universidad de Granada, Excelentísima Diputación Provincial de Granada.
- Viagens de um piloto português do século XVI à costa de África e a So Tomé* (trad., introd. y notas de A. M. Caldeira), Comissao Nacional para as Comemorações dos Descobrimientos Portugueses, 2000, Lisboa.